Arzobispo
*Ricardo Blázquez Pérez*

**Catequesis**

Año de la fe 2012-2013

# «Creo en la Santa Iglesia»

1 de junio de 2013

---

La fórmula de fe menciona a la Iglesia en conexión con el Espíritu Santo. En el Símbolo de los Apóstoles, que venimos comentando, la Iglesia es la primera obra del Espíritu Santo, seguida de la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. La Iglesia es para nosotros como el lugar en que confluyen todos los misterios (Henri de Lubac).

¿De qué forma creemos los cristianos en la Iglesia? El título de este texto quizás extrañe, pero responde a la manera en que la Iglesia está integrada en el Credo. Los cristianos no creemos de la misma forma en Dios que en la Iglesia. Al renovar las promesas bautismales en la Vigilia pascual, se nos pregunta: «*¿Creéis en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica?*». La preposición ”en” parece unir dos términos que se sitúan al mismo nivel; pero, a la luz de la historia del Credo, la pregunta sería así: ”¿Creéis en el Espíritu Santo (que está) en la santa Iglesia?”. El Espíritu, que sopla donde quiere (cf. Jn 3,8), habita y actúa en la Iglesia de forma particular. El día de Pentecostés, Dios comunicó su Espíritu a la comunidad naciente, según la promesa de Jesús, marcando así el comienzo de la historia de la Iglesia (cf. Hch 1,8; 2,1 ss.). Dios depositó en la Iglesia el Espíritu Santo, el soplo de la vida divina, las arras de la inmortalidad. La fe *en Dios* significa la entrega personal del creyente, ya que solo a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos entregamos enteramente. Creer en Dios significa que ”le confieso con el corazón, los labios y la vida; le rindo culto, le adoro y deposito en Él todo mi amor y confianza”. La fe expresa un impulso

que es la Paz y nos promete la paz, invita a los participantes en la Eucaristía a compartir la paz que viene de Dios. Un signo —como un abrazo, un apretón de manos, un beso— expresa la paz que solo Jesús y no el mundo puede darnos; saludarnos en la presencia del Señor con el signo de la paz reclama de nosotros que vivamos en fraternidad y que seamos pacificadores. Pues bien, la Iglesia es, en un sentido profundo, sacramento de salvación en relación con Jesucristo, el Salvador, y con el Espíritu Santo, que hace a la Iglesia instrumento de salvación. Así dice el documento central del Concilio: Jesucristo resucitado y elevado al cielo «*envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación*» (ibíd., 48). Jesús, sentado a la derecha del Padre, conduce por el Espíritu Santo a los hombres hacia la Iglesia para hacerlos partícipes de su vida gloriosa. La Iglesia es sacramento de salvación; dicho de otra manera, es signo e instrumento de la íntima unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

Ser sacramento de salvación reclama de la Iglesia manifestación y transparencia, no opacidad ni ser un diafragma que empañe la gracia de Dios y dificulte la comunicación. La Iglesia, en cuanto signo de la salvación, debe, por una parte, cultivar personalmente la comunión con Jesucristo, y, por otra, salir a la misión que el Señor le ha confiado. La Iglesia ha sido convocada por Dios —eso significa la palabra *Ecclesia*— para ser enviada, para proclamar el Evangelio y para mostrar la bondad y el amor de Dios.